

La diferencia de la historia. Paul Veyne revisitado

The Difference of History. Paul Veyne Revisited

Vladimir López Alcañiz
Universitat Autònoma de Barcelona. Spain
cosmopolis1789@hotmail.com

Abstract

In May 68, along with a wave of global upheaval, there was also a shift in the way of conceiving and writing history. The acceleration of historical time brought about a renewed wish to learn about the past. In this context, *Comment on écrit l'histoire* by Paul Veyne was to take on a special significance. The present article examines the reception of this essay and how it was capable of reflecting on the most burning issues of the discipline: the scientific nature of history, the need to open up to other fields of knowledge, the use of conceptualization, and the role of the historian in the writing of a new history.

Key words

Paul Veyne, conceptualization, objectivity, narrative, history as science, difference.

Resumen

En mayo del 68, junto a la ola de contestación mundial, se produjo un cambio en la manera de concebir y escribir la historia. La aceleración del tiempo histórico trajo consigo una voluntad renovada de conocer el pasado. En este contexto, la obra de Paul Veyne *Comment on écrit l'histoire* cobrará una relevancia especial. El presente artículo examina la recepción de este ensayo y de qué modo éste fue capaz de reflexionar sobre los temas candentes de la disciplina: la cientificidad de la historia, la necesidad de abrirse a otros campos del saber, el recurso a la conceptualización y el papel del historiador en la escritura de una nueva historia.

Palabras clave

Paul Veyne, conceptualización, objetividad, narración, historia como ciencia, diferencia.

Un cierto malestar recorre la historia: son los años sesenta.¹ Los signos del cambio son cada vez más visibles. En otoño de 1963 Bob Dylan graba la canción *The Times They Are a-Changin'*. La cosa parece clara: las transformaciones se acercan, si es que no están ya aquí, y avanzan de manera imparable, como una avalancha o un torrente, casi con la fuerza irrefrenable de la naturaleza. La historia tiene un sentido y la generación más joven corre tras él. Es optimista. De momento, todo apunta a que podrá superar todos los obstáculos y vencer o convencer a quienes se resisten al cambio.

Quizá podamos pensar que toda joven generación siente que debe romper con sus mayores para encontrar su lugar en el mundo. Pero no es así. En ese momento, los rasgos más conspicuos de la diferencia generacional se multiplican: la música, la ropa, el lenguaje, el ocio, etcétera. La explosión de la cultura popular, cuya estampa puede contemplarse a la perfección en la portada del disco de los Beatles *Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band*, tiene mucho que ver en ello. Tanto es así que Tony Judt considera, en su libro *Ill Fares the Land o Algo va mal*, que “a finales de los sesenta, la brecha cultural que separaba a los jóvenes de sus padres quizá era mayor que en cualquier otro momento desde comienzos del siglo diecinueve”.²

A este respecto, conviene hacer notar, como lo hace José Luis Pardo en una obra sobre el malestar en la cultura de masas, que la juventud no siempre ha tenido el mismo valor de futuro y que el futuro no siempre ha tenido en sí mismo valor.³ De lo primero da razón el optimismo instalado en la sociedad tras la segunda guerra mundial, que tiene su traducción demográfica en un incremento de la natalidad que ha dado nombre a la generación de los *baby-boomers*.⁴ De su mano viene un cambio cultural que en Francia tiene su inflexión en 1965, antesala de mayo. Lo segundo —el valor intrínseco del futuro— se explica por la concepción moderna de la historia, que desde Condorcet interpreta el camino de la humanidad como una larga marcha de progreso hacia lo mejor.

En consonancia, la modernidad se asocia necesariamente a la juventud y a la facultad de imaginar el futuro, frente a la inclinación antigua a conservar e imitar el pasado. Y eso es lo que hace Dylan en su canción: situarse en el futuro y advertir a los inmovilistas de su error al caminar contra el viento del cambio. Los jóvenes no conocen el rostro del futuro, pero tienen la convicción de que será luminoso. Por eso la modernidad es una temporalidad acelerada: tiene prisa por sortear obstáculos, soltar lastre, levar anclas y llegar pronto a la meta. La voluntad de los sesentayochistas de quererlo todo y quererlo ya resume este sentimiento, pero también anuncia su declive. ¿Qué hay tras el acelerón final? No bien se pronuncia que “el futuro es ahora”, que está ya aquí, que se palpa o está al alcance de nuestra mano, se anula su idea y esta se pierde.

¹ Una versión reducida y preliminar de este texto fue presentada en el III Encuentro de Jóvenes Investigadores en Historia Contemporánea, celebrado en Vitoria en septiembre de 2011, con el título: “La escritura de la diferencia: Paul Veyne y la historiografía tras el 68”. Agradezco a María José Solanas Bagüés, moderadora de la mesa, los comentarios que entonces me hizo.

² Tony Judt, *Algo va mal* (Madrid: Taurus, 2010), 89.

³ José Luis Pardo, *Esto no es música. Introducción al malestar en la cultura de masas* (Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2007), 37-43.

⁴ Jean-François Sirinelli, “Des « copains » aux « camarades » ? Les baby-boomers français dans les années 1960”, *Revue Historique*, 2, 626 (2003), 327-43.

Esa es una de las causas del malestar. En diciembre de 1965 Milan Kundera termina su novela *La broma*, relato magistral sobre el “optimismo histórico de la clase triunfante” al otro lado del telón de acero y de sus miembros, que se comportan “como si tuvieran un contrato secreto con el mismísimo futuro” y pudieran hablar en su nombre.

Ludvik, el protagonista, se encuentra de repente fuera del camino de su vida a causa de una broma que es tomada en serio, demasiado en serio, y entonces queda hechizado por ese recuerdo y su sed de venganza, como hechizados están por la historia y la creencia de ser sus clarividentes intérpretes quienes detentan el poder. El espectro del pasado le ronda y mortifica hasta que conoce a una muchacha que nada sabe de la historia y sus grandes preocupaciones, que vive por debajo de ella, ocupada en lo pequeño y en lo eterno. Por un momento, se siente liberado, feliz, pues ella le franquea el paso para “salir de la historia”. Pero la duda le pierde y, a la postre, se encuentra entre dos aguas: aprende que no puede huir de su pasado, “quitarle a un pecado su validez, deshacerlo, borrarlo del tiempo, hacer por lo tanto que algo se convierta en nada”; pero también que la historia —“la divina, la razonable”— no tiene sentido o sí lo tiene, pero escapa entonces a la comprensión o es tal vez una broma. Al cabo, si el mesianismo ha estado a punto de destruir el mundo, quién sabe si será la herencia del olvido el que lo salve.⁵

El cuestionamiento del orden del tiempo late en el fondo de las transformaciones de los sesenta y los setenta, como si habitara la brecha cada vez mayor que hay entre la marcha de las ideas y la respuesta de las instituciones. El desfase se hace más y más incómodo y conduce a un momento de explosión de las contradicciones culturales de la modernidad. En la primavera del sesenta y ocho, medio mundo es sacudido por un impulso rimbaudiano: la determinación común de *changer la vie*.

La historia como arte y como ciencia

Como es lógico, la historiografía no permanece al margen de estos vaivenes. En este artículo, Paul Veyne será la figura central en torno a la cual vamos a discernir los principales motivos de la renovación epistemológica de su tiempo, así como la particular posición que en ella ocupa el insigne historiador de la antigüedad. La convicción que nos anima es que, en buena medida, los problemas que entonces se abordaron aún nos conciernen, y que, por tanto, prestar atención a las primeras respuestas que se les dieron sigue siendo pertinente para la reflexión historiográfica actual. Antes de atacar la obra de Veyne, sin embargo, fijaremos el contexto en que se produjo mediante unas calas en algunas obras que muestran la importancia y amplitud de la cuestión que tratamos. Empecemos.

En 1966, la historiadora autodidacta Barbara Tuchman publica una serie de artículos en los que llama la atención sobre la oportunidad del historiador de afianzar su posición en la sociedad, toda vez que las transformaciones que están ocurriendo provocan la sed de conocer el pasado. No se muestra demasiado optimista acerca de las posibilidades de la cuantificación, en la que están depositadas las esperanzas de la historia

⁵ Milan Kundera, *La broma* (Barcelona: Seix Barral, 2009), 38-9, 65, 87-8, 163, 304, 316 y 319.

científica. Conocer científicamente, cree ella, conlleva predecir, y la historia no puede hacer eso, como tampoco dar lecciones. Por eso aprovecha para reivindicar el lado artístico y creativo del historiador, convencida de que la precisión y la belleza no están reñidas, y de que, sin imaginación, el historiador nunca podrá retratar bien a la gente del pasado.⁶

Del lado de la academia, Henry Stuart Hughes recopila en 1964 cinco charlas sobre la naturaleza de la historiografía bajo el título de *La historia como arte y como ciencia*. Ahí constata el rápido cambio al que está sometida su disciplina e identifica una salida prometedora: de la coyunda entre el neoidealismo de Dilthey o Collingwood y el neopositivismo de Bloch puede emerger una historiografía renovada que aúne imaginación y método, narración y reconstrucción. Esta perspectiva, por un lado, le lleva a considerar de manera favorable la posibilidad de combinar la historia narrativa y la analítica, y por el otro, a señalar la necesidad de poner coto al mito de la primacía del testigo ocular.

En tercer lugar, Hughes dedica una de las charlas a la relación entre la historia y el psicoanálisis, dos disciplinas que tradicionalmente han mostrado su mutua incompreensión pero que, a su juicio, juntas han de poder apuntalar la validez de un método cuya fuerza reside precisamente en la carencia de una base científica convencional. Con el psicoanálisis la historia puede captar mejor las motivaciones de los personajes que estudia y, además, acrecentar la autoconciencia del propio investigador. Al fin y al cabo, sentencia, el psicoanálisis es una historia, y el objetivo moral del analista y el historiador es el mismo: “liberar al hombre de la carga del pasado ayudándole a entender ese pasado”.⁷

Finalmente, cabe destacar un movimiento significativo: la fundación, en 1960, de la revista *History and Theory*. Los editores no están seguros del efecto que tendrá una publicación consagrada a la teoría de la historia, un ámbito de estudio que carece de una sólida base institucional. En el primer número sobresale la referencia a grandes historiadores como Arnold Toynbee o Edward Gibbon y, por encima de todo, el artículo dedicado a la relación entre la historia y la ciencia que firma Isaiah Berlin, el nombre de más prestigio entre los convocados.

Berlin sabe que la condena cartesiana ha sido una carga para el estudio de la historia. Por eso entiende su deseo de quitarse de encima ese peso y obtener la misma consideración que las ciencias más exactas. Pero las expectativas que en ese sentido se albergaron en el siglo diecinueve no se han cumplido. La búsqueda de leyes ha sido infructuosa, y más aún la de un sistema general de explicación. Esto, sin embargo, no es ningún drama. Sólo invita a partir de otra base: la ciencia y la historia difieren en sus funciones y, por tanto, es un error juzgarlas según el mismo patrón. Las razones de la historia no se obtienen mediante procedimientos de inducción o deducción, sino por medio de la comprensión —la *Verstehen* tematizada por Dilthey y Weber—, sin la cual es inconcebible “la textura de la vida humana”.

⁶ Barbara Tuchman, *Cómo se escribe la historia. Las claves para entender la historia y otros ensayos* (Madrid: Gredos, 2009), 57-63, 65-79, 293-303.

⁷ Henry Stuart Hughes, *La historia como arte y como ciencia* (Madrid: Aguilar, 1967), 31, 61, 92.

La tarea del historiador no es ni predecir ni extrapolar, sino organizar de manera inteligible los objetos que se presentan a su imaginación. Y para ello, el criterio último es el sentido común y el principio de realidad. Así, el conocimiento fundamental que al historiador le hace falta es el que se parece al que se tiene de un rostro o de un carácter, antes que el de una fecha o un hecho. Berlin lo llama, con Dilthey, *Wirkungszusammenhang*, que es el sentido de la “conexión efectiva” que existe en la trama de lo que hay. Esas son las categorías que dan forma al sentido histórico. Se distinguen de las empleadas en las ciencias naturales en dos aspectos cruciales: ser característicamente cualitativas y deberse más a la práctica que a la teoría. Siendo así, pretender que la historia se aproxime a la ciencia es contradecir su propia esencia.⁸

El peso de la historia

Algunos años después de su fundación, aparece en *History and Theory* un nombre llamado a marcar decisivamente la orientación de la revista. Los editores han tardado en darle voz, pero él sabe hacerse escuchar. El único artículo que publicará en esas páginas en los años sesenta es un texto osado, polémico, en el que el autor no duda en denunciar con firmeza el marasmo epistemológico en el que a su juicio se halla varada la historiografía. Y es el mejor testimonio del malestar del momento. “El peso de la historia” es el título que elige para ello ese espíritu renovador llamado Hayden White. Conviene prestar atención a su mensaje.⁹ Desde el momento de su profesionalización en el siglo diecinueve, relata White, la historiografía ha tratado de situarse en un justo medio supuestamente neutral entre la ciencia y el arte, oscilando hacia uno u otro polo en función de la posición desde la que se la interpelara. Sin embargo, esa táctica revela ya claros síntomas de agotamiento y, además, ha generado un cierto resquemor en todos aquellos que, al tratar de establecer un diálogo crítico con la disciplina, han visto cómo los historiadores rehuían el debate con displicencia.

La historia es una disciplina conservadora. Quizá la disciplina conservadora por excelencia, prosigue White. Esto no es necesariamente malo, o no del todo. Sin embargo, puede dificultar el contacto con la imaginación de su tiempo. En este caso, el papel de mediadora entre la ciencia y el arte está a punto de convertirse, si no lo ha hecho ya, en papel mojado al carecer de su fundamento: la creencia en la radical discrepancia entre esos dos ámbitos. Porque los historiadores pasan por alto la historicidad de esa divergencia, fruto coyuntural de la incompreensión entre el artista romántico y su miedo a la ciencia, y el científico positivista y su ignorancia del arte.

Más allá de ese malentendido y de aquellas circunstancias, la historiografía no puede basar su autonomía disciplinaria en tales premisas. Que lo siga haciendo no es más que un síntoma de su *malaise*, de su enfermedad potencialmente fatal. Las advertencias son múltiples y vienen de lejos: de Nietzsche a Sartre, pasando por Proust, Gide o Valéry. Pero, a la altura de los años sesenta, el peso del pasado es ya demasiado opresivo para quienes albergan esperanzas de cambio social. Así las cosas, parece llegada la hora de que los historiadores atiendan a las críticas que otros les dirigen, se abran al mundo y se

⁸ Isaiah Berlin, “The Concept of Scientific History”, *History and Theory*, 1, 1 (1960), 1-31.

⁹ Hayden White, “The Burden of History”, *History and Theory*, 5, 2 (1960), 111-34.

replanteen el estatuto de su quehacer, pues el suyo no puede ser más el oficio de oír llover.

Este es el diagnóstico de White. La tarea del historiador, en consecuencia, es restablecer la dignidad de la disciplina y entablar un diálogo feraz con otros ámbitos del saber. ¿Cómo hacerlo? El primer paso es reconocer que lo específico de la contemporaneidad es la velocidad con que se aleja del pasado, quebrando cualquier intento de hacer de la historia una maestra de vida a la manera ciceroniana y, más aún, volviendo estéril cualquier tentativa de estudiar el pasado por el pasado en sí. Antes al contrario, es preciso acercarse al pasado en su conexión con el presente y como un medio para arrojar luz sobre los problemas que acucian en la actualidad.

White detecta que el principal problema de la historiografía es que maneja un concepto de objetividad desfasado. Muchos historiadores tratan los hechos históricos como algo dado de antemano, negándose a reconocer que, en rigor, los hechos no se encuentran, sino que se construyen a partir de las preguntas que se hace el investigador sobre el fenómeno que estudia. Así pues, no hay una sola vía de acceso al pasado, ni mucho menos una sola manera adecuada de representarlo. Por eso cada historiador ha de tomar conciencia de las metáforas —los tropos, dirá White unos años más tarde— que elige para articular sus relatos, de la forma poética que arrastra el fondo de lo que se cuenta. En definitiva, la metaforología debe figurar entre las reglas heurísticas de la evidencia histórica.¹⁰

Entre otras cosas, esto permite abandonar la ambición imposible de examinar todos los datos acerca de un fenómeno y, en su lugar, buscar una manera propia de acercarse a él. Ante la posible acusación de relativismo que esta perspectiva conlleva, White responde que sólo se trata de reconocer que el estilo escogido condiciona la representación del pasado, lo cual no es óbice para que la coherencia interna entre la forma y el fondo pueda ser juzgada y sometida a ciertos niveles de objetivación. Se trata, en fin, de reconocer que aunque hay muchas malas maneras de contar una historia, no hay una sola manera buena.

Por lo demás, la ambigüedad metodológica de la historia, a la que también aludía Berlin, lejos de ser un obstáculo o un lastre, abre una puerta a la creatividad y ofrece nuevas oportunidades de enlazar el pasado, el presente y el futuro. White sugiere releer a los pensadores de la primera mitad del siglo diecinueve, quienes asignaron a la historia la función de proveer de una dimensión temporal a la conciencia humana. Entonces, el reto del historiador no era tanto rendir pleitesía al pasado cuanto averiguar cómo hacer que ese pasado extendiese sus efectos al presente y contribuyera, de esta guisa, a dar forma a una ética basada en el principio de responsabilidad. En este sentido, la historia no se concebía como un fin en sí misma sino como un medio para comprender el papel de la libertad individual en la construcción del mundo moderno. Dicho brevemente, se entendía que el cargo del historiador era liberar a los hombres de la carga de la historia.

¹⁰ Hans Blumenberg, *Paradigmas para una metaforología* (Madrid: Trotta, 2003), 41-7.

Primavera francesa

El panorama historiográfico francés de los años sesenta y setenta es efervescente, sin duda avivado por el acontecimiento de mayo del sesenta y ocho, aunque sea difícil medir con exactitud sus efectos sobre la escritura de la historia. Por de pronto, el predominio de la antropología estructuralista y la historiografía de la “larga duración” recorre todo el periodo y dibuja una cierta continuidad. Sus posiciones se afianzan, además, cuando el desencuentro entre ambas queda simbólicamente sellado en un número especial de la revista *Annales* sobre “Historia y estructura”, que se abre con un artículo de Claude Lévi-Strauss dedicado al tiempo del mito. La confluencia hace fortuna y dos años después, en 1973, Emmanuel Le Roy Ladurie titula su lección inaugural en el Collège de France “La historia inmóvil”, una aparente paradoja que condensa la voluntad de historiar esas mareas casi imperceptibles que discurren por debajo de las olas que agitan la superficie.

De todas formas, sí hay algunas iniciativas que responden al espíritu sesentayochista. Entre ellas, destaca la propuesta teórica concebida en París VIII alrededor de Jacques Rancière, que en 1975 lanza *Les Révoltes logiques*, una publicación trimestral cuyo objeto es analizar las prácticas históricas desde el punto de vista del presente y desentrañar esos discursos particulares que los grandes ocultan, en sintonía con la reivindicación del factor humano y la subjetividad en la historia. Heredero de mayo es también el foro de historia constituido en torno a Jean Chesneaux en la universidad de París VII, que a través de sus *Cahiers du Forum-histoire* pretende reducir la separación entre el pasado y el presente, entre la investigación y la acción, y entre el historiador y sus objetos de estudio.

Otra de las cosas que se deja notar es la sed de conocer el pasado de la que Tuchman se hacía eco, y que se traduce en un gran éxito editorial de las obras de historia. François Dosse dictamina severamente que “este entusiasmo viene de la impresión embriagadora de haber creído hacer historia en el sesenta y ocho. Comprender para transformar: a falta de hacer historia, hacer Historia”. Sea cual sea el veredicto sobre ese momento, lo cierto es que la escuela de los *Annales* emprende la conquista de los medios de comunicación con dos objetivos principales: el gran público y el estudiantado, entonces en plena explosión demográfica. Se crean colecciones de historia en las principales editoriales de París y el número de volúmenes publicados se multiplica por seis entre 1964 y 1974.¹¹ Como no puede ser de otra forma, las exigencias de la difusión condicionan el trabajo de erudición.

La ola de contestación mundial de 1968 cataliza este proceso, aunque ella misma se extinga deprisa. Sin embargo, allí donde uno diría que ya no puede haber nada, a veces una radiación de fondo indica que siguen expandiéndose las ondas de una antigua explosión. La catarsis de junio del sesenta y ocho, que deja en el panorama político francés una *chambre introuvable*, no debe ocultarnos las transformaciones que alienta y las interrogantes que plantea el movimiento de mayo una vez cerrada la brecha que ha abierto en el tejido social. Entre otras, la historiografía aprovechará la liberación de las costumbres para bucear en ese terreno. No son pocos los que entonces emprenden el

¹¹ François Dosse, “Mai 68, les effets de l’histoire sur l’Histoire”, *Politix*, 2, 6 (1989), 47-52.

viaje desde las estructuras sociales o económicas hasta el dominio de las mentalidades, “del sótano al desván”, que dirá Michel Vovelle.

Este impulso renovador afecta a todos los dominios de la historia. Con Philippe Ariès y Jean Delumeau, entre otros, la iconografía, la alimentación, la familia, la sexualidad, el miedo o la muerte pasan a ser los temas privilegiados de los estudios sobre la época moderna. De la mano de Le Roy Ladurie, Georges Duby y Jacques Le Goff la historia medieval adquiere también nuevos bríos, y se aleja paulatinamente del tópico de la “edad oscura”. La visión del mundo antiguo también da un giro gracias a los trabajos de Jean-Pierre Vernant y Pierre Vidal-Naquet, que se acercan al lado arcaico de la sociedad griega. Paul Veyne insistirá también en que Roma no puede seguir considerándose como un “pueblo-valor”.¹² Y, recorriendo todos estos periodos, después de mayo del sesenta y ocho despierta el interés por la historia de las mujeres.

La práctica de la historia multiplica sus objetos. Casi al mismo tiempo, la filosofía diagnóstica la quiebra de los grandes relatos especulativos y de emancipación. La historia, que la modernidad ha aprendido a escribir en singular y mayúsculas, parece estallar en una miríada de historias minúsculas, como sintomáticamente atestigua el *des histoires* de la “biblioteca” de Pierre Nora en Gallimard. ¿Se trata de una liberación o de una huída hacia adelante? No hay acuerdo sobre ello. El 68 acelera la crisis de la historia, que más que nunca reclama una reflexión que no sea meramente metodológica. La carga de la historia es ahora el encorsetamiento ideológico de la guerra fría, y el historiador debe asumir la responsabilidad de liberar las posibilidades inexploradas del pasado. A riesgo de caer en una trampa del *Zeitgeist*, creo que, al menos desde este punto de vista, el ensayo de epistemología de Paul Veyne ha de leerse como el corolario historiográfico de los *sixties* y de la explosión cultural del mayo francés.

Tempestad sobre la historia

En 1971, Paul Veyne decide responder al malestar en la cultura de su tiempo con la obra *Comment on écrit l'histoire*, un ensayo de epistemología que se precipita sobre la historia desafiando su mismo estatuto ontológico: “La historia no existe; sólo existen ‘historias de...’. La historia no tiene método, pero tiene una crítica y sobre todo una tónica. Los hechos no existen; sólo existen intrigas”.¹³ Por tanto, el historicismo, de Herder y Hegel hasta Spengler y Toynbee, es o bien ingenuo o bien falaz. La frase, utilizada como reclamo en la contraportada, adelanta el tono mordiente del libro. En la misma línea, añade que no es inútil la discusión sobre la cientificidad de la historia, puesto que la indiferencia respecto a las palabras suele llevar aparejada la confusión de las ideas. Él tercia: “La historia no es una ciencia y no tiene mucho que esperar de las ciencias”.¹⁴ Y, por si esto fuera poco, afirma poco después que la historia no es más que “un relato verídico”, aserción esta última con la que ataca la línea de flotación de la escuela de los *Annales*. El libro, además, gusta al gran público, lo cual provoca la alarma

¹² Paul Veyne, *L'inventaire des différences* (París: Seuil, 1976), 8.

¹³ Paul Veyne, *Cómo se escribe la historia. Ensayo de epistemología* (Madrid: Fragua, 1972), 5.

¹⁴ *Ibíd.*, 6.

en buena parte de la profesión. ¿Quién es este audaz historiador cuyo desafío se abate como una tempestad sobre la historia?

Paul Veyne es un provenzal, nacido en 1930, que en los años cincuenta estudia en la École Normale Supérieure de París y completa su formación en la École Française de Roma, para recalar a finales de la década en la universidad de su ciudad natal, Aix-en-Provence, como profesor.¹⁵ En los sesenta publica dos artículos en la revista *Annales* en los que muestra, por un lado, su preocupación por renovar el estudio de la historia, y por el otro, su gran curiosidad, amparada en una intuición poco común. En el primero de ellos, titulado “Vida de Trimalción”, cuestiona la visión de la Roma antigua ofrecida por Rostovtzeff en su clásica *Historia social y económica del Imperio Romano*, y eleva un personaje del *Satiricón* de Petronio a la dignidad de fuente para el estudio de una categoría social: los libertos. La interpretación de los textos sobresale en un ambiente en el que la arqueología es la vía privilegiada de acceso al pasado. Pero todavía más descolante resulta el uso certero de las analogías para iluminar ciertas regiones del pasado. Ahí, por ejemplo, sugiere que se piense en la situación de los negros en la sociedad americana de la época, “desde el *boy* hasta el millonario de color”, separados de los blancos por la segregación racial, para entender mejor la posición de los esclavos y los libertos en la antigua Roma. El objetivo es mostrar que la estructura de esa sociedad antigua no puede reducirse a una “banal pirámide de clases”.¹⁶

En el segundo artículo, “Panem et Circenses: el evergetismo ante las ciencias sociales”, aborda ese concepto introducido en el léxico francés por el historiador André Boulanger para designar la obligación moral, entre los miembros de la aristocracia helenística y romana, de ofrecer al pueblo bienes y placeres. El texto es el primer capítulo de la tesis doctoral en curso de Veyne, y en él están presentes algunos de los temas desarrollados en *Cómo se escribe la historia: la noción de “itinerario”*, que aparecerá reformulada como “intriga”, la necesidad y los peligros de la conceptualización, y la diferencia entre el arte de la historia y las ciencias de la sociedad.¹⁷

Es justamente de las cuestiones teóricas que Veyne quiere dilucidar en el prefacio de su tesis de donde sale, un poco sin querer, el ensayo sobre epistemología de la historia. Con su publicación llega el escándalo. El libro no es bien recibido, incluso es tachado de reaccionario. La derecha lo saluda, pensando equivocadamente que el autor es uno de los suyos. Pero su crítica del marxismo no debe llamar a engaño. Paul Veyne ha sido militante comunista en los años cincuenta, aunque sin demasiado entusiasmo, hasta la invasión soviética de Hungría en 1956. Sin embargo, de ese periodo hereda el gusto por los problemas filosóficos.¹⁸ Por lo demás, en sus años universitarios en París la escuela de los *Annales* despierta su interés, por tratarse entonces de la corriente de vanguardia a la sombra de la tradición que guarda la vieja Sorbona. De ese momento se

¹⁵ La trayectoria de Veyne, en José Enrique Ruiz-Domènec, *Rostros de la historia. Veintiún historiadores para el siglo XXI* (Barcelona: Península, 2000), 93-107; y en Patrick Le Roux, “Paul Veyne”, en *Les historiens*, ed. Véronique Sales (París: Armand Colin, 2003), 301-15.

¹⁶ Paul Veyne, “Vie de Trimalcion”, *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*, 16, 2 (1961), 213-47.

¹⁷ Paul Veyne, “Panem et circenses : l'évergétisme devant les sciences humaines”, *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*, 24, 3 (1969), 785-825; Jean-Claude Ruano-Borbalan (ed.), *L'histoire aujourd'hui*, (Auxerre: Sciences Humaines Éditions, 1999), 427-33.

¹⁸ Paul Veyne, *Le quotidien et l'intéressant* (París: Hachette, 1995), 21, 95, 106, 116.

lleva una simpatía personal por Jacques Le Goff, pero también un cierto malestar con los programas de los *annalistes*. Sólo por mor de la innovación no está dispuesto a aceptar acríticamente las pretensiones científicas de la historia ni el énfasis en las infraestructuras económicas o en la “larga duración”. En el 68, Veyne permanece extranjero a las ideas de mayo, pero el movimiento le contagia su espíritu. De ahí que, poco después, plasme por escrito sus críticas con clara voluntad de provocación.

Sorprendentemente, la primera reacción, que viene de la mano de Georges Duby, es elogiosa. El medievalista ve en su colega un historiador de primera talla, con ideas claras, agresivas tal vez, pero elegantemente expresadas. Coincide con él en la necesidad de llevar más lejos la escritura de la historia, para hacer frente al prejuicio de la naturaleza humana eterna y a la perezosa tendencia a pensar que todo va de suyo. A la postre, recomienda encarecidamente la lectura del ensayo a todos los historiadores que, como él mismo, se aproximan a su oficio con la mirada del artista.¹⁹ Pero no todo son parabienes. En su lección inaugural en el Collège de France de 1973, Emmanuel Le Roy Ladurie alude claramente a Veyne cuando desdeña los “implantes rejuvenecedores” de la historiografía tradicional y declara que “la historia científica” no puede reducirse a “simples meditaciones sobre el azar o el acontecimiento, y sobre la intriga en lo sublimar”.²⁰ Mientras tanto, en el tiempo que transcurre entre ambas reacciones, en las páginas de los *Annales* se ha diseccionado la obra. ¿Cuál es su veredicto?

Dos hombres y un ensayo

La escuela de los *Annales* se muestra muy crítica con la historia narrativa, pero de una forma poco meditada. Quizá por la influencia del estructuralismo levistraussiano, que considera la historia narrativa como el mito de la moderna sociedad occidental, asocia en el fondo la narración con la vieja historia centrada exclusivamente en los grandes acontecimientos y personajes políticos, militares y diplomáticos. Sea como fuere, lo cierto es que para la mayoría de los miembros de la escuela la narración no es una manera científica de hacer historia. Sencillamente, la tienen por un asunto superado, y por eso carecen de la competencia necesaria para debatir con Veyne sobre esa cuestión.

Sin embargo, en el mundo anglófono ese tipo de historia es un antídoto contra las filosofías sustantivas de la historia de corte hegeliano o marxista. La cercanía de los planteamientos de Veyne con los de filósofos analíticos como William Dray, Patrick Gardiner o Arthur Danto les impide despreciarlos sin más. Así que la redacción de la revista decide encargar la reseña del libro a dos colegas más avezados en asuntos de epistemología de la historia y representación del pasado: Raymond Aron y Michel de Certeau.²¹ Con ellos empezaremos a elucidar el alcance de la propuesta de Veyne.

¹⁹ Georges Duby, “Des hommes comme vous et moi”, *La Quinzaine Littéraire*, 119 (1971), 23-4.

²⁰ Emmanuel Le Roy Ladurie, “L’histoire immobile”, *Annales. Économies, sociétés, civilisations*, 29, 3 (1974), 673-92.

²¹ Sobre la postura de los *Annales* ante la cuestión de la narrativa, Philippe Carrard, *Poétique de la Nouvelle Histoire. Le discours historique en France de Braudel à Chartier* (Lausana: Payot Lausanne, 1998), 39-55.

Entre esos dos pesos pesados pergeñan casi cincuenta páginas en las que se desmonta la obra pieza a pieza, se subrayan sus incoherencias, ambigüedades y contradicciones, y se recela del estilo seco y cuasi brutal de Veyne. Pero se concluye que no se trata meramente de una diatriba conservadora contra el marxismo ni tampoco de una nadería revestida de deslumbrantes oropeles. Los dos coinciden en tres puntos: en primer lugar, vindican la unión en una sola persona del historiador y el epistemólogo, dos figuras a menudo demasiado alejadas entre sí a pesar de algunos notables precedentes en Francia: muy especialmente la *Apologie pour l'histoire ou métier d'historien* de Marc Bloch y *De la connaissance historique* de Henri Marrou, en quien Veyne se inspira; en segundo lugar, subrayan el peso que tiene el lugar de origen de Veyne en el tono que él emplea, pues parece alzar su bandera provenzal y provincial contra las modas y las querellas de la capital para demostrar que lo que se hace en París no es todo lo que puede hacerse, y ni siquiera lo mejor; y, en tercer lugar, destacan que Veyne piensa sobre todo “contra”, persiguiendo a sus adversarios en su propio terreno de juego, lo cual provoca, según Aron, que adopte puntos de vista contradictorios de capítulo a capítulo, y según De Certeau, que esa movilidad tome la forma de un “no lugar” que esconde la posición desde la que el autor escribe.

Veyne aparece como un autor que lo ha leído todo, o casi, y no esconde ninguna de sus lecturas. Las citas y las referencias deslumbran. Con ese bagaje y un gusto incontenible por la desmitificación, sale a la caza de ortodoxias y abarrota sus notas de muertos ilustres. Pero él permanece agazapado. A juicio del crítico, Veyne se ampara en una “retórica de la erudición” que, sin embargo, tiene como objetivo sostener que la historiografía no puede ser otra cosa que una “retórica de la curiosidad”. Volveremos sobre ello. Por de pronto, De Certeau considera que las cuestiones más nuevas y relevantes que emergen en la obra giran en torno a dos ejes.

El primero es el tratamiento de la historia como un relato, es decir, como un género literario cuya trama se compone de episodios y se organiza en forma de intrigas. Ahí se aprecia un cambio fundamental, que marca el carácter del ensayo y acompaña *sotto voce* el malestar del historiador: la teoría de la historia, que antes se organizaba en función de la relación con la realidad, ahora se repliega sobre el lenguaje. La de Paul Veyne es, por ende, una “epistemología de transición” entre una realidad de la historia que se recibe y aloja en el texto, y una realidad de la Historia que se produce en el momento de la escritura.²²

El segundo es la remisión de la práctica historiográfica al deseo o la voluntad de saber, a la curiosidad del historiador. En ese momento, erigir el principio de placer como criterio de la historia es un gesto osado, incluso subversivo. Para ponderarlo, es preciso tener en cuenta que se hace en un contexto en el que, por un lado, el historiador se arroga la misión de tener una función social en los procesos de transformación política, y por el otro, el medro en las instituciones que codifican el saber está de hecho condicionado por la sujeción a la regla academicista. Veyne opera un desplazamiento del deseo de la ley a la ley del deseo. Por ahí, Veyne *révolutionne l'histoire*, como él mismo dirá de su amigo Foucault: en un mismo movimiento desautoriza la historia comprometida y científicista, y la asepsia instalada en la enseñanza universitaria.

²² Michel de Certeau, “Une épistémologie de transition : Paul Veyne”, *Annales. Économies, sociétés, civilisations*, 27, 6 (1972), 1317-27.

En sí mismo, esto es ya importante, pero además tiene un efecto lateral de no menor calado: la rehabilitación del “yo” del historiador en la escritura de la historia, que permite explorar la relación que existe entre la narratividad y el narrador. Recordemos que, unos años antes, Roland Barthes ha denunciado que muchas veces el historiador “anula su persona pasional” y se ausenta de su discurso para dar la sensación de que la historia se cuenta sola y es objetiva.²³ Pues bien, Veyne parece aceptar el reto de construir una historia en la que la objetividad no sea fruto de la escritura impersonal y de la ilusión referencial.

Curiosamente, en la Francia de los sesenta y setenta conviven el estructuralismo, que desafía la idea misma de sujeto, y una historiografía que se aleja del tipo de objetividad que representaba la historia económica y social patrocinada por Ernest Labrousse. En ese contexto tienen lugar las intervenciones de Paul Veyne y de Michel de Certeau. Ambos concuerdan en que debe reevaluarse el papel del historiador, pero difieren en el modo. Para Veyne el autor es un fin en sí mismo y la historia “es una actividad intelectual que, a través de las formas literarias habituales, sirve para fines de simple curiosidad”.²⁴ Por el contrario, De Certeau sostiene que las decisiones de todo autor están mediatizadas por las instituciones del saber en las que se encuadran.²⁵ En consecuencia, su estilo no se debe tanto a las reglas de un género literario cuanto a las convenciones y leyes de su disciplina. Cuando un autor utiliza el “nosotros” para expresarse, asume la primacía del discurso de la historia sobre su obra particular, y señala la relación de ese discurso y esa obra a una institución social. De todo lo cual se deduce que la operación histórica debe ir más allá del principio de placer.²⁶

Y ciertamente, se debe ir más allá. Pero no fundamentalmente porque reconozcamos el ascendente de ninguna autoridad académica. Siguiendo a Veyne, yendo con él pero más allá de sí mismo, reconocemos en primer lugar que la curiosidad no es sólo un gesto hedónico. La voluntad de saber nace del asombro que uno siente ante algo que percibe como extraño, es decir, como algo que no puede asimilar a los términos con los que se relaciona con las cosas que le son ya familiares. Y ese asombro pone en movimiento el deseo de mirar mejor aquello que de entrada no se da a ver enteramente. Ahí nace un vínculo singular entre sujeto y objeto, puesto que lo que les une es justo lo que les separa: su irreductible diferencia. Por eso, el examen de esa relación requiere la elaboración de conceptos capaces de abrir un camino —de construir un método— hacia el objeto que logre situarlo a la debida distancia, esto es, tenerlo cerca pero respetando su constitutiva *différance*, ese neografismo derridiano que captura y amalgama los dos significados del verbo “diferir”: “aplazar” y “distinguir”. Porque, en efecto, de lo que se trata es de mantener al objeto *presente* en su condición de *pasado*, la cual, en lo que toca a nuestra comprensión, está siempre *por venir*.

²³ Roland Barthes, *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura* (Barcelona: Paidós, 2009), 197.

²⁴ Paul Veyne, *Cómo se escribe la historia*, 110. Lo cual no empece para que Veyne cite con aprobación a Éric Weil cuando afirma que el esfuerzo por reconstruir el pasado “tiene por meta, no lo pintoresco, sino la racionalidad”, 283.

²⁵ Michel de Certeau, *L'écriture de l'histoire* (París: Gallimard, 2007), 86.

²⁶ Cfr. Roger Chartier, *Au bord de la falaise. L'histoire entre certitudes et inquiétude* (París: Albin Michel, 2009), 125-7, 192-4.

Así pues, todo objeto de estudio —un grupo social o un líder con carisma, su papel dominante o subalterno, una guerra, una revolución, sus causas escondidas o sus indeseadas consecuencias— lo es siempre en la medida en que el investigador no lo tome como evidente y sepa reconocer, por tanto, su propio desconocimiento ante la rareza que tiene delante. Esa rareza que genera asombro, porque es ciertamente extraño que eso que se ha dejado atrás y, por eso mismo, tiene que ver con lo que ahora se es, se resista tanto a integrarse en el propio tiempo de uno y a amoldarse a sus categorías, tan a menudo cargadas con esa suficiencia que propicia el mero hecho de venir después y creerse por encima de todo. Sin embargo, cuando cambiamos la altanería por la humildad, aflora el asombro y se traduce en curiosidad.

Una curiosidad que, aunque sea gratificante saciarla, en realidad es ajena al placer o al displacer. Porque, en el fondo, aquello que caracteriza la curiosidad teórica es que el desempeño de su acción no está condicionado por intereses ajenos a ella misma. Como escribe Paul Veyne, la imparcialidad del historiador “reside menos en el firme propósito de decir la verdad que en el fin que se propone, o más bien en el hecho de no proponerse fines en absoluto, excepto el de saber por saber”. El conocimiento tiene su fin en sí mismo; la historia es conocimiento desinteresado.²⁷

El historiador, pues, no estudia el pasado fundamentalmente porque quiera obtener un beneficio social o personal. Lo hace porque descubre que todo cuanto aparece como necesario en el presente en verdad no lo es, pues el estudio de *otros tiempos*, cuando no se falsea su condición de *tiempos otros*, revela que todo está afectado de contingencia, e impele en consecuencia a cuestionar su naturalización a la luz de las posibilidades diferenciales que el pasado muestra. Y como el resultado de este proceso no se conoce de antemano, tampoco puede decirse a priori cuál es el principio —social, político, hedónico— que rige la investigación. Esta lección fue tan importante para su tiempo, cuando el peso de la tradición resultaba en una inflación de continuidades, como para lo es para el nuestro, cuando el exceso de presentismo hace necesario que restituyamos la radical alteridad de los tres éxtasis del tiempo.

Pero, hoy día, aún se puede ir más allá, en segundo lugar, si aceptamos la intuición de cierta antropología filosófica, según la cual los otros —pasados, presentes o futuros— no nos interesan meramente como *objetos* de nuestra curiosidad, por mor de la erudición desapasionada e impersonal, sino como *sujetos* de un diálogo, como interlocutores que nos implican en la conversación infinita que explora las posibilidades de comprendernos.²⁸

²⁷ Paul Veyne, *Cómo se escribe la historia*, 87, 85, 88.

²⁸ Cfr. Ernst Tugendhat, *Antropología en vez de metafísica* (Barcelona: Gedisa, 2008), 28: “La antropología filosófica comienza con la estructura de lo nuestro, y después vamos corrigiendo nuestras ingenuidades en el grado en que llegamos a conocer culturas siempre más diferentes que la propia. Es ésta una dinámica hermenéutica que siempre queda en primera y segunda persona, es decir, que las culturas ajenas no nos interesan en tercera persona, como objetos de nuestra curiosidad, sino como interlocutoras en un diálogo imaginario en el que las estructuras de otras culturas se ven como si fueran potencialmente las nuestras propias”. A lo que, un poco más adelante, añade: “La comprensión de la vida en las otras culturas es vista como una posibilidad propia: ello implica que también se aplica una crítica racional a las culturas ajenas, lo mismo que a la propia: es decir, el diálogo imaginario no es simplemente, como parece serlo en Gadamer, una conversación, sino un diálogo racional”.

Por su parte, una de las cosas que Raymond Aron destaca en su reseña es el esfuerzo de Veyne por hacer compatibles la libertad del historiador con la verdad de la historia, o dicho de otro modo, la subjetividad del autor y la objetividad del conocimiento. Aquí se revela la tensión entre la curiosidad desinteresada que supuestamente está en la base de toda investigación y la racionalidad que debe figurar como su objetivo, entre una historia “definitivamente narrativa” que se escribe como una novela y una exigencia de veracidad que hace que no se lea “como un cuento”.²⁹

Por un lado, la historia no se explica a sí misma y no es posible una comprensión de ella que no sea perspectivista: “Un gesto trágico de injustificable selección fundaría toda posible visión de la historia”. En efecto, las explicaciones de la historia radican en “el sentido que el historiador da al relato” porque los hechos no existen en estado puro ni son recibidos como tales. Antes al contrario, “sólo existen en y por intrigas en las que adquieren la importancia relativa que les impone la lógica humana del drama”; los acontecimientos son, pues, un cruce de “itinerarios posibles” y es el historiador quien elige —o en ocasiones, crea— el itinerario con el que describir su campo de estudio. Por otro lado, sin embargo, los hechos tienen entre sí relaciones objetivas que no se pueden subvertir según el propio antojo. Así pues, si dos historiadores eligen el mismo itinerario “verán el terreno de la misma manera o discutirán objetivamente sobre su desacuerdo”. En definitiva, uno puede elegir libremente un tema de historia, pero dentro de él “los hechos y sus relaciones son lo que son, y nadie podrá cambiar nada en ellos. La verdad histórica no es relativa, ni tampoco inaccesible como un inefable más allá de todos los puntos de vista”.³⁰

Paul Veyne está en una encrucijada. Pretende cerrar la puerta al cientificismo de la historia sin por ello abrirla al relativismo o al subjetivismo de corte existencialista.³¹ Es un esfuerzo encomiable, pero sitúa al autor en una posición epistemológicamente comprometida. Aron lo sabe, y concede que, en cierto sentido, Veyne no se equivoca, sobre todo frente a cierta moda filosófica que “extrae consecuencias delirantes de la libre construcción del objeto”.³²

Tal tensión, sin embargo, merece ser tenida en cuenta como idea regulativa. El historiador que maneja documentos experimenta limitaciones, si no de los hechos, sí de sus huellas. Es cierto, pues, que no puede escribir cualquier cosa sobre cualquier acontecimiento, ni siquiera puede narrarlo de cualquier manera, como ha puesto en evidencia

²⁹ Paul Veyne, *Cómo se escribe la historia*, 284, 104.

³⁰ *Ibíd.*, 72, 121, 74, 54, 53, 48.

³¹ Una cita que toma de Hayek ayuda a perfilar su punto de vista: “Lo que nosotros consideramos habitualmente como un acontecimiento histórico único puede estallar en una multitud de objetos de conocimiento. Una confusión sobre este punto es la principal responsable de la doctrina, tan en boga hoy día, según la cual todo conocimiento histórico es necesariamente relativo, determinado por nuestra ‘situación’ y condenado al cambio con el paso del tiempo. El núcleo verdadero que contiene la afirmación respecto a la relatividad del conocimiento histórico es que los historiadores se interesarán en diversos momentos por objetos diferentes, pero no que sostendrán opiniones diferentes sobre el mismo objeto”; en *Ibíd.*, 51-2.

³² Raymond Aron, “Comment l’historien écrit l’épistémologie”, *Annales. Économies, sociétés, civilisations*, 26, 6 (1971), 1319-54.

“El acontecimiento modernista” de Hayden White.³³ Pero decir que los hechos son lo que son es ir demasiado lejos, puesto que nuestro relato de un episodio histórico nunca coincide con la vivencia de ninguno de sus protagonistas. A pesar de esto, la tentativa de Veyne tiene el mérito de sugerir una diferencia entre las narraciones históricas y las de ficción que a menudo se pasa por alto cuando ambas se analizan desde el punto de vista literario: a diferencia del escritor, el historiador no es el autor de los acontecimientos que relata, por lo que cierta autoridad reside fuera de su discurso.³⁴ En consonancia, en una obra de ficción coinciden el cierre del texto y el de la historia, mientras que en una obra histórica el texto puede cerrarse y la historia, no tener fin.

Además, al hilo de otra de sus llamativas sentencias —“la historia no tiene método”— cabe esbozar una definición de objetividad más acorde con el designio anti-relativista de Paul Veyne. En efecto, cuando él escribe que “para comprender el pasado no hay más que mirarlo con los mismos ojos que nos bastan para comprender el mundo que nos rodea o la vida de un pueblo extraño”, apunta a la inutilidad de esos métodos generales que uno tiene aprendidos de antemano y se contenta con aplicar a cada caso particular.³⁵ La escritura de la historia no puede reducirse ni a hacer meras paráfrasis o comentarios al margen de lo que dijeron de sí mismos quienes la vivieron, ni a subsumir sus peripecias bajo leyes de cobertura, ni a reducirlas deductivamente a la generalidad de un método.

La cuestión es hallar en cada objeto las condiciones de su propia teorización, es decir, encontrar en la cosa misma el modo en que esa cosa deba ponerse de manifiesto. Sólo en la investigación, y en ninguna otra parte, es donde comienza a decantarse una determinada manera de acceder al objeto y, en consecuencia, un cierto conjunto de conceptos más o menos oportunos para su estudio. Dicho de otro modo, sólo si el intérprete no tuerce el significado del objeto en función de sus propias obsesiones es posible hablar —si se desea— de algún tipo de objetividad, entendida como hacer justicia al objeto, lo cual pasa por comprender que el despliegue progresivo de su significado exige del intérprete ciertos modelos y modales para su correcta comprensión: respetar la alteridad del objeto, mantener su extrañeza, y no impacientarse porque no pueda asimilarse enteramente al mundo de las cosas que parecen ir de suyo.³⁶

Finalmente, Aron pone de relieve la crítica de Veyne a la idea de progreso, que básicamente se resume así: no hay progreso en la historia, aunque sí en la historiografía. El enriquecimiento del repertorio de lugares comunes, es decir, de conceptos universales que se han de estudiar, “es el único progreso que puede experimentar el conocimiento histórico; la historia no podrá nunca dar más lecciones de las que da ahora mismo, pero podrá todavía multiplicar las cuestiones”. Ciertamente, la historia no tiene método, pero tiene una crítica y una tónica. El corolario de la frase contiene las dos vías por las que puede transitar el progreso de la disciplina. En primer lugar, una crítica que no se contente con revelar que hay máscaras que esconden otras cosas o con desvelar que hay

³³ Hayden White, *El texto histórico como artefacto literario* (Barcelona: Paidós. I.C.E./U.A.B., 2003), 217-52.

³⁴ Ann Rigney, *The Rhetoric of Historical Representation. Three Narrative Histories of the French Revolution* (Cambridge: Cambridge University Press, 2002), 12.

³⁵ Paul Veyne, *Cómo se escribe la historia*, 139.

³⁶ Fredric Jameson, *Brecht and Method* (Londres: Verso, 2000), 2, 28.

ideologías que falsean la realidad, sino que considere esas máscaras e ideologías como huellas y precise qué orden de hechos es lícito reconstruir a partir de ese tipo de huellas, qué tipo de verdad es posible extraer de ellas.³⁷ En segundo lugar, una tónica que va creciendo con la experiencia, con la acumulación y comparación de casos, y que permite afinar y ampliar el cuestionario al que uno somete los documentos del pasado. La historia que ya no puede buscar orígenes ni tablas de la ley sólo tiene una salida: la elaboración de conceptos.

La historia que conceptualiza

Estamos ante uno de los puntos fuertes de la epistemología histórica de Paul Veyne, toda vez que la conceptualización marca decisivamente su proyecto y lo emparenta con el trabajo que entonces está haciendo Reinhart Koselleck. Además, a través de ella, se reencuentra con una de las grandes figuras del pensamiento histórico del siglo veinte, Max Weber. De esta suerte, la propuesta de Veyne se erige en una actualización del valor heurístico de los *Idealtypus* o “tipos ideales” y en una reivindicación de la importancia del factor humano en la historia al hilo del estudio weberiano sobre el carisma y las formas de dominación.³⁸

La cuestión, pues, tiene su peso. Tanto es así que, cuando poco después Pierre Nora y Jacques Le Goff se ponen al frente de una obra colectiva que pretende promover la *nouvelle histoire*, encargan a Veyne una contribución sobre la *histoire conceptualisante*.³⁹ Los dos editores se dan cuenta de que esa historia y la historia *non-événementielle* que ellos patrocinan comparten una meta común: tratar como acontecimientos hechos que todavía no han sido reconocidos como tales: las mentalidades, los discursos, los cambios que apenas son perceptibles a primera vista.

Veyne aprovecha la ocasión. De entrada, afirma que no es que la historia deba conceptualizar, es que ya lo hace. De hecho, no puede no hacerlo, de modo que sólo queda que tome conciencia de ello para que lo haga más y mejor. El objetivo es que la conceptualización permita ir más allá de lo que lo dicen las fuentes y los historiadores de otros tiempos, y sobre todo, que haga aflorar realidades antes ocultas o sólo vagamente sentidas, porque conceptualizarlas y tematizarlas “es concebir también que eso que es podría no ser y darse los medios de desear que, eventualmente, eso no sea ya más”.⁴⁰ La diferencia da luz al mundo de la posibilidad.

Pero, en definitiva, ¿qué son los conceptos en historia? Para responder a esta pregunta, Paul Veyne se inspira en Max Weber y toma como modelo sus “tipos ideales”. Estos no son como los conceptos de las ciencias, puesto que no pueden fijarse de una vez para siempre. En el fondo, los conceptos históricos no dejan de ser unas herramientas extrañas: “permiten comprender porque están cargados de un sentido que des-

³⁷ Paul Veyne, *Cómo se escribe la historia*, 284, 224 y 259.

³⁸ Max Weber, *Sociología del poder. Los tipos de dominación* (Madrid: Alianza, 2007).

³⁹ Paul Veyne, “L’histoire conceptualisante”, en *Faire de l’histoire I. Nouveaux problèmes*, ed. Jacques Le Goff y Pierre Nora (París: Gallimard, 1974), 62-92.

⁴⁰ Paul Veyne, “L’histoire conceptualisante”, 85.

borda toda posible definición”. Por eso mismo, el deseo de que la historia defina de antemano y con toda precisión los conceptos que usa es un ejemplo “de falsa metodología y de rigor inútil”.⁴¹

En este sentido hay que tener en cuenta que un concepto no es la realidad histórica ni una copia que la represente. Tampoco es un modelo en el que la realidad deba ser encajada como un mero caso o ejemplo. Un concepto histórico es algo construido para avanzar en la investigación, es “una imagen mental que funciona como un concepto *límite* completamente ideal, con el que se mide o se *compara* la realidad para esclarecer determinados elementos significativos del contenido empírico de ésta”.⁴² Así pues, las elaboraciones conceptuales tendrán siempre un carácter provisorio y más o menos efímero. Lo cual no debe interpretarse como error alguno en su construcción, sino como la necesidad constante de reorganizar los conceptos con los que intentamos aprehender las realidades en que vivimos. Es más, los grandes intentos de construcciones conceptuales tienen su valor precisamente en “revelar los *límites* del sentido de la perspectiva que estaba a la base de aquellas construcciones”.⁴³ De suerte que siempre habrá tensión entre los conceptos construidos y nuestra voluntad de conocer mejor el pasado, y es bueno que así sea, porque es en esa lucha contra el diccionario de *idées reçues*, que diría Flaubert, donde se dirige el progreso del trabajo de la historia, y porque hay que estar precavido frente al peligro solapado de que las palabras nos hagan creer en falsas esencias e inexistentes universales.

La historia no se escribe sobre una página en blanco; el *homo historicus* no procede jamás *tabula rasa*.⁴⁴

La escritura de la diferencia

Tras la publicación de *Cómo se escribe la historia*, Raymond Aron se acerca a Paul Veyne y le invita a dar algunas charlas de historia antigua en su seminario de sociología. En el fondo, Aron busca a un *normalien* para que desempeñe el papel de su epígono y se ocupe de su legado intelectual tras la ruptura con Pierre Bourdieu. Al cabo de unos años, Aron propone la candidatura de Veyne al Collège de France, que se hace efectiva en 1975 con una lección inaugural titulada “El inventario de las diferencias”. Sirviéndose de una metáfora agraria, en ella llama a transformar la explotación extensiva del campo documental, consistente en la mera acumulación y condenada por la ley de rendimientos decrecientes, en una explotación intensiva, que implique el cambio de problemática y descubra nuevas preguntas.⁴⁵

En esa lección, Veyne cambia alguna de sus apreciaciones anteriores, por ejemplo cuando escribe que la historia no debe limitarse a contar, ni siquiera a comprender,

⁴¹ Paul Veyne, *Cómo se escribe la historia*, 169, 172.

⁴² Max Weber, *La “objetividad” del conocimiento en la ciencia social y en la política social* (Madrid: Alianza, 2009), 148.

⁴³ Max Weber, *La “objetividad” del conocimiento*, 173.

⁴⁴ Paul Veyne, *Cómo se escribe la historia*, 178, 253.

⁴⁵ Paul Veyne, *L’inventaire des différences*, 14-5.

sino que debe estructurarse en función de la conceptualización y perseguir la determinación de invariantes más allá de las accidentales modificaciones. Aquí parece que Veyne se deja llevar demasiado lejos por su propia teoría, porque de esta manera los acontecimientos corren el riesgo de convertirse en meras variables que la historia inventaría, y el “inventario de las diferencias”, de quedar depreciado como el subproducto o el relleno de un modelo previamente fijado y definido.⁴⁶ En algún momento se da cuenta de ello, y reconoce que la noción de “inventario” es insuficiente, pero la fosa que lo aleja de la narratividad que defendía está cavada.⁴⁷

A pesar de todo, el núcleo de su concepción de la historia sigue siendo el mismo. Un acontecimiento es una diferencia que se recorta sobre un fondo de uniformidad. La historia, en consecuencia, debe ser la escritura de esa diferencia, y los conceptos las herramientas para que los ojos puedan percibirla. Para ello, deben superarse tres limitaciones: oponer lo contemporáneo a lo histórico, fiarse de las continuidades espaciotemporales y conformarse con una perspectiva meramente eventual —*événementielle*—. Sólo así podrá la historia ser ese conocimiento que “enseña que en lo humano todo lo que es podría no ser” y que, además, combate el provincianismo que, como bien sabía T. S. Eliot, no sólo afecta al espacio sino también al tiempo.⁴⁸ Y aunque Veyne crea, en disputa con Valéry, que la gente no se aferra menos a sus tradiciones porque otros piensen que son invenciones, y que por tanto el conocimiento histórico sólo tiene consecuencias culturales y no existenciales, podemos intuir que el desconocimiento de la historia sí tiene consecuencias y perjudica gravemente nuestra capacidad de pensar el porvenir.

Sea como fuere, quedémonos con la invitación a no hacer de la escritura de la historia una actividad fosilizada. A pesar de que “se continúa hablando de la descomposición del objeto histórico, conjurando el fantasma de una concepción científicista de la historia, temiendo el espectro del relativismo historicista e, incluso, preguntando si verdaderamente tiene un sentido”, Veyne se da cuenta de que esos viejos problemas están en el fondo liquidados.⁴⁹ La vida de la historia está en otra parte, y es preciso avanzar.

También Veyne tuvo que hacerlo, después de un episodio, quizá anecdótico, pero en el que se condensa su batalla por hacer entender su idea de historia. Al poco de su entrada en el Collège de France, y sin saber muy bien por qué, sobreviene un desencuentro. Aron comienza a distanciarse de Veyne. ¿Es por un malentendido? ¿O es tal vez a causa de la ingratitud del discípulo? Quién sabe. El caso es que, un buen día, Aron vuelve a acercarse a él. Le pide que dé una charla en el seminario de sociología sobre la libertad y la igualdad en la Grecia antigua. Veyne cree que se trata de un tema algo ingenuo, pero acepta. Llegado el momento, no puede sino tratar de mostrar las diferencias que separan los tiempos y que hacen que las mismas palabras, usadas en distintas épocas, no tengan el mismo sentido. Es una concepción de la historia que comparte con su amigo Foucault, con el que se reencuentra en el Collège. Pero al manifestarla, sorprendentemente el auditorio se irrita. La sala se convierte en un guirigay. Algunas voces

⁴⁶ Paul Ricœur, *Historia y narratividad* (Barcelona: Paidós. I.C.E.|U.A.B., 1999), 99.

⁴⁷ Paul Veyne, *L'inventaire des différences*, 8-11, 39.

⁴⁸ Paul Veyne, *Cómo se escribe la historia*, 103.

⁴⁹ *Ibíd.*, 363.

oponen con viva indignación la idea de la permanencia de los valores. Incrédulo, Veyne se gira hacia su viejo mentor, que está sentado a su lado. Pero de su parte sólo obtiene una respuesta fría. “En mi pueblo —contará más tarde—, cuando alguien ve llegar a casa a un vecino del que no desea visita, deja ladrar a los perros. Entendí el significado del mensaje y, desde entonces, procuré olvidar a Aron y hacerme olvidar por él”.⁵⁰

En eso se resume todo. O bien nos contentamos con lo que existe y permanece, y a eso damos crédito y pábulo e incluso prestamos sostén, o bien sentimos una permanente insatisfacción que nos azara y despierta en nosotros la curiosidad, y resolvemos dar un paso más. En la elección que hagamos está la diferencia de la historia.

Profile

At present Vladimir López Alcañiz is currently researching for his PhD in Contemporary History at the Universitat Autònoma de Barcelona (Spain). Specializing in political history and historiography of the nineteenth and twentieth century in France, he is also interested in the theory of contemporary history. He has published articles in the journals *Trienio*, *Historia y Política* and *HMiC*, and has participated in several conferences on contemporary history, cultural studies, and urban space and memory. He has also given lectures at the Summer School of the Universitat de Lleida (Spain).

Vladimir López Alcañiz está preparando actualmente su tesis doctoral en Historia Contemporánea en la Universitat Autònoma de Barcelona (España). Especializado en la historia política y la historiografía de Francia de los siglos XIX y XX, se interesa también por la teoría de la historia contemporánea. He publicado artículos en las revistas *Trienio*, *Historia y Política*, y *HMiC* y participado en numerosos congresos sobre historia contemporánea, estudios culturales, y memoria y espacio urbano. Ha dado clases en la Universidad de Verano de la Universitat de Lleida (España).

Fecha de recepción: 12 de enero de 2012

Fecha de aceptación: 13 de marzo de 2012

Publicado: 15 de junio de 2012

Para citar este artículo: Vladimir López Alcañiz, “La diferencia de la historia. Paul Veyne revisitado”, *Historiografías*, 3 (enero-junio, 2012): pp. 26-44

<http://www.unizar.es/historiografias/historiografias/numeros/3/lopez.pdf>

⁵⁰ Paul Veyne, *Le quotidien et l'intéressant*, 48-9.